RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

VIVIR PARA LOS DEMÁS.—ORDEN Y PROGRESO.—VIVIR Á LAS CLARAS

LA

POESÍA POSITIVISTA

CARTA DIRIGIDA

AL SEÑOR DON GUILLERMO PUELMA TUPPER

POR

LUIS LAGARRIGUE

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚMERO 73

1890

AÑO 102.° DE LA GRAN CRISIS

LA POESÍA POSITIVISTA

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

VIVIR PARA LOS DEMÁS.—ORDEN Y PROGRESO.—VIVIR Á LAS CLARAS

L A

POESÍA POSITIVISTA

CARTA DIRIGIDA

AL SEÑOR DON GUILLERMO PUELMA TUPPER

POR

LUIS LAGARRIGUE

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚMERO 73

1890

AÑO 102.º DE LA GRAN CRISIS

LA POESÍA POSITIVISTA

Rendue aussi poétique que philosophique, la synthèse positive doit toujours subordonner le dogme au culte, sans en altérer la juste indépendence.—A. COMTE.

SEÑOR DON GUILLERMO PUELMA TUPPER.

Estimado señor y amigo:

Cumpliendo con un deseo suyo, voy á continuar en esta carta la interesante conversación que tuvimos sobre la poesía positivista. La desorganización moderna del dominio espiritual ha privado á los poetas de todo sostén filosófico y, faltos de guía, ellos fluctúan entre las doctrinas decadentes y los principios revolucionarios. La poesía se resiente de cierto estado enfermizo,

quejumbroso, mediocre, que desvirtúa por completo las obras poéticas en que el genio no alumbra sino con destellos pasajeros. Las producciones de la poesía contemporánea llevan el sello de la vaguedad intelectual y moral en que flota actualmente la sociedad. Pero el desorden se extiende á todas las especies de la actividad humana que, dirigidas por los escépticos, marchan á ciegas, sin plan alguno y sin temer siquiera el juicio de una opinión pública que no existe. Esa anarquía inconcebible, que es inútil describir y que pervierte, bajo el aspecto teórico, la poesía, la filosofía y la ciencia, y bajo el práctico, la educación, la política y la industria, es el resultado necesario de la decadencia creciente de las religiones teológicas. Todas las tentativas parciales de reorganización son insuficientes, cuando no perturbadoras. Pretender idealizar en poesía sin tener concepción alguna del mundo y de la sociedad, es tan absurdo como tratar de realizar en política los superficiales principios de los economistas que ni siquiera saben la aritmética. En el orden humano todo se liga y relaciona y los progresos son siempre solidarios. No se puede regenerar la poesía sin transformar la filosofía y la ciencia

y reglamentar la educación, la política y la industria Tal ha sido el eterno objeto de la Religión que, bajo sus diversas formas, cada vez más perfectas, organizó y mejoró todos los aspectos de la vida humana. Felizmente, debido á la inspiración angelical de una Mujer incomparable, se ha transformado la Religión de teológica en sociológica, permitiéndole eso reglamentarlo todo desde el único punto de vista que esté en plena conformidad con la verdadera destinación de las instituciones humanas.

La sublime fe altruísta fundada por el ministro supremo de la Humanidad, Augusto Comte, gracias al concurso subjetivo de Clotilde de Vaux, extiende y circunscribe definitivamente los horizontes poéticos, teóricos y prácticos de nuestra vida, estableciendo un culto, un dogma y un régimen universales. Esta generalidad grandiosa de la doctrina positivista nos hace muy difícil tratar, en especial, de un punto aislado, porque, como he dicho, todo se liga y no se pueden comprender los detalles sin apreciar el conjunto. Sin embargo, como me dirijo á V. que está ya bastante penetrado del espíritu positivo, me ocuparé en esta carta sólo de la poesía y, procediendo

con orden, recordaré primeramente su teoría real para estudiar, en seguida, la lógica y la doctrina que corresponden á su estado normal, todo en conformidad con la Religión que profeso.

Los tres elementos de la poesía son: la *contemplación*, la *idealización* y la *expresión*. Ellos se han desarrollado en la historia perfeccionándose siempre, hasta llegar, bajo el positivismo, á su completa moralización, la cual permite al poeta vivir en un verdadero cielo, contemplando sólo lo bueno, idealizando lo verdadero y expresando lo bello. Cuando, por desgracia, el poeta desconoce ó no obedece á cualquiera de estas tres condiciones, sus obras son necesariamente antiestéticas por malas, falsas ó feas. La maldad ó bondad de las contemplaciones debe el poeta medirlas por la naturaleza de los sentimientos que excitan. Por eso la desgracia, el dolor, pueden constituir buenas contemplaciones cuando despiertan nuestros sentimientos generosos y, por el contrario, la aparente felicidad de los goces no es digna de observarse cuando produce emociones egoístas. Pero pintar la miseria moral para agradar con la fácil excitación de los sentimientos bajos, es un signo inequívoco de me-

diocridad intelectual y de perversión afectiva. Y esto es lo que pasa con la mayoría de los poetastros especuladores de la época actual.

Si el medio material, social y moral en que vivimos fuera perfecto, consintiendo únicamente el ejercicio de los sentimientos altruistas, ese medio no admitiría idealización alguna, y el dominio poético se reduciría á contemplarlo y expresarlo. En el alma humana predominaría entonces por completo el corazón, puesto que la inteligencia no tendría nada que idear, ni la actividad nada que modificar. Pero el espectáculo exterior es bien diverso, y nos ofrece múltiples imperfecciones que exigen la participación del egoísmo y admiten el desarrollo del progreso. Se abre así el campo de la idealización en que el espíritu construye sus imágenes bajo la inspiración del corazón guiado por la Humanidad, y es permitido á la actividad realizar el perfeccionamiento. Por las condiciones en que vivimos, la poesía requiere, pues, la asistencia simultánea de la contemplación, de la idealización y de la expresión.

Estudiemos ahora el oficio respectivo de cada uno de estos tres elementos poéticos.

La *contemplación* preside á la creación del mundo subjetivo, sustituyendo á los seres, á los atributos, á los acontecimientos y á los fenómenos del mundo exterior, sus imágenes interiores. Pero, en esta maravillosa metamorfosis, la contemplación es un simple instrumento del corazón, cuyos sentimientos, excitados ya por la realidad objetiva, despiertan y fortalecen las imágenes de ella. Ninguna imagen penetra en el alma sin la asistencia de un sentimiento, y así se va formando el mundo subjetivo del corazón. Es fácil de comprender, pues, que la excitación de uno de nuestros motores afectivos nos coloca inmediatamente en el medio que le es propio, el cual, á su vez, influye sobre el sentimiento por las emociones que produce. La aparición de una imagen extraña á ese medio perturba por completo el estado del alma, apagando el afecto y desvaneciendo las imágenes correspondientes. Pero este antagonismo entre los diversos mundos morales no se extiende á los sentimientos altruistas, cuyas imágenes propias no se perturban, sino que, al contrario, se ayudan mútuamente. Considerando nuestra vida bajo el punto de vista afectivo, todo lo que con ella se rela-

ciona está destinado á promover emociones y, por lo tanto, estableciendo la moralidad de ellas, sabremos si las concepciones y los actos son morales ó inmorales. Estas emociones son de tres clases: las unas *excitan*, las otras *contrarían* y por fin las últimas *satisfacen* el sentimiento. Las emociones egoístas son morales cuando contrarían el sentimiento congénere y no lo son cuando lo excitan ó satisfacen. Por el contrario, las emociones altruístas son morales si excitan ó satisfacen el sentimiento, é inmorales si lo contrarían. Aquí tiene usted el resumen de la moralidad. En efecto, todo pensamiento ó acto que excite ó satisfaga el egoísmo es naturalmente malo y su persistencia constituirá un vicio. Pero si ellos contrarían el egoísmo son morales y virtuosos. No necesito ponerle ejemplos de los primeros por ser demasiado vulgares; en cuanto á los segundos, basta recordar el pudor, la humildad, las abstinencias, las represiones de nuestros impulsos malévolos, etc. Por último, las situaciones imaginarias ó reales que excitan ó satisfacen el altruísmo son morales sin duda alguna; mientras que las que lo contrarían son las más inmorales de todas, porque perturban directamente la

fuente misma de la unidad afectiva. Esto explica la profunda inmoralidad de los actos de traición social ó individual, que anonadan la confianza pública ó el aprecio privado.

Estas ligeras consideraciones morales bastan para comprender que el mundo subjetivo perfecto debe componerse únicamente de imágenes que produzcan emociones contrariando el egoísmo y excitando ó satisfaciendo el altruismo. Los poetas del porvenir deben presidir á la creación y generalización de ese único cielo que tiene valor moral y que nos es dado alcanzar realmente.

Esta sencilla composición del medio subjetivo no había podido ser esclarecida antes del positivismo por falta de una teoría real de la naturaleza humana; pero bajo todas las doctrinas se ha tratado espontáneamente de moralizar el mundo subjetivo agitando el egoísmo con el temor al castigo y el altruismo con los sufrimientos inmerecidos ó con el premio. El castigo, sea celeste ó terrestre, detiene la exaltación del egoísmo, en tanto que los padecimientos injustos excitan nuestros sentimientos generosos y el premio satisface esos mismos impulsos. En medio de la anarquía

moderna se ha dicho que es moralizadora la pintura de las consecuencias del vicio; pero los mediocres artistas que se dejan dominar por tal aberración sólo consiguen despertar las pasiones y pervertir el criterio moral que llega hasta admirar el vicio y compadecerlo en su castigo. No quiero nombrar los monstruosos tipos humanos que han sido idealizados por la falsa poesía.

Para encontrar un verdadero, aunque espontáneo criterio estético, es necesario buscarlo en las grandes producciones del arte. La famosa entrevista del Innominado con Federico Borromeo y los episodios que á ella se refieren, sirven al poeta para conmover con extrema delicadeza todos los sentimientos del alma, contrariando el egoísmo, nó por el castigo, sino por el horror á la falta misma, y excitando los sentimientos generosos por la compasión hacia la desgraciada Lucía y la admiración por el beato Obispo. Por fin, el poeta ha sabido satisfacer nuestro altruísmo con el triunfo de la virtud. En su maravillosa epopeya, el Dante ligó siempre al castigo y á la gloria extraterrestres, el vituperio ó la alabanza de los hombres; nos aterroriza con los crímines más que con las penas infernales y nos arre-

bata con la contemplación de las virtudes más que con la de los goces celestes. Las creaciones de la poesía nos autorizan ya para explicar la célebre fórmula de Terencio, diciendo, «Hombre soy, y sólo lo que es humano me conmueve.» Hasta las ficciones teológicas obedecieron á esta ley humanizando al Dios.

La escuela realista de la época actual es la manifestación poética del idiotismo sistemático, puesto que pretende reducir la poesía á expresar lo que se contempla, lo que conduce necesariamente á un pesimismo enfermizo ó a un ridículo optimismo.

Non ragioniam di lor; ma guarda e passa.

Estamos en la *idealización* cuya oficio es muy fácil determinar. En efecto, si la contemplación suministra todos los elementos de que se compone el mundo subjetivo, la idealización los clasifica y combina, construyendo, bajo la inspiración del corazón, nuevas imágenes que serán inmorales ó morales, según nazcan del egoísmo ó del altruismo. Es aquí donde las doctrinas despliegan todo su poder, y demuestran sus dotes morales tanto afectivas como intelectuales y prácticas.

Si bien nuestras contemplaciones son el resultado del medio social y material en que vivimos, las idealizaciones reflejan las doctrinas que guían nuestros sentimientos. Cuando decae la influencia moral de esas doctrinas, el poeta gime en la duda, y sus producciones son el lamento de una alma sin amor, sin fe y sin esperanza.

El desorden de los sentimientos líricos, la inconsecuencia de los caracteres dramáticos, la mediocridad de la acción épica la encontraremos en todas las obras de la poesía contemporánea. Víctor Hugo, simboliza brillantemente esta penosa faz histórica del desarrollo estético.

La construcción del mundo subjetivo, hace existir el pasado y el porvenir en el presente. Los seres y acontecimientos que fueron y serán viven en nosotros con más ó menos energía, ya que á unos corresponden sentimientos, imágenes y signos fijos, mientras que á otros les falta la imagen y aun el signo. Pero todo lo que se verificó en el pasado en beneficio de la Humanidad, se perpetúa, á lo menos en nuestros corazones. Ignoramos en su mayor parte los nombres, no tenemos casi imagen de los cruzados que libertaron el Occidente de las perturbaciones musulma-

nas; pero poseemos el sentimiento de esos nobles caballeros que la poesía ha idealizado ya. Nadie puede negar que los navíos de Lepanto son tan dignos de nuestra afección, como indignos de ella los negreros y corsarios, y esto basta para demostrar el valor moral que tienen aún los objetos materiales. Muy pocas imágenes tenemos de los ingenuos padres de la civilización; de esos generosos fetichistas que instituyeron la casa, la familia, el fuego, la tumba y la religión. Ellos establecieron todas las reglas de la vida privada que son las únicas que han resistido á las demoliciones de la anarquía. ¿Es posible que tantos beneficios innegables, tantos sacrificios, no conmuevan el corazón, ni despierten los recuerdos ni guien la conducta? Nó, todo lo bueno es eterno, y al revivir en nosotros, se perfecciona idealizándose.

La idealización conmemorativa ó constructiva, puede ser dramática, ó relativa á los seres; y épica, ó relativa á los acontecimientos. En el primer caso, los sucesos sirven para caracterizar al sér idealizado, y en el segundo, por el contrario, los seres se subordinan á la idelización del acontecimiento. Basta recordar la personalidad de casi

todos los dramas de primer orden, en tanto que las epopeyas llevan ó podrían llevar el nombre de las épocas ó acontecimientos que idealizan. La guerra de Troya, la vuelta de Ulises, el Paraíso perdido, la civilización feudal, la vida extraterrestre, etc., fueron fuentes de poemas. Se hará un drama idealizando á Colón y una epopeya sobre el descubrimiento de América. Cuando el drama idealiza los acontecimientos, los personifica, y cuando la epopeya canta los séres, los coloca en situaciones ideales. Así se explica tambien el caracter social de las epopeyas y el aspecto moral de los dramas. Pero esto no quiere decir que en las obras poéticas no se confundan á veces esos dos modos estéticos, como sucede con la melodía y armonía musicales. Ello lo vemos patentemente en la epopeya de Cervantes y en las de Walter Scott, y lo imaginamos en el poema de la Humanidad que idealizará simultáneamente todos los seres y acontecimientos del universo humano.

El campo de la idealización estética se resume en dar valor épico á los sucesos y fenómenos materiales y morales, y en dar personalidad dra-

mática á los séres y atributos correspondientes. Los séres físicos, como la piedra, el río, la flor, la casa; y los atributos materiales, como las formas, los colores, las densidades, etc.; los seres morales, sea colectivos ó individuales, cual la Humanidad, la patria, la familia, el niño, la joven, el anciano, y los atributos que les son propios, cual la poesía, la filosofía, la ciencia, la educacion, la política, la industria, el amor, la inteligencia, la actividad; todo lo que se refiere á los séres y á los atributos, puede adquirir personalidad dramática. Toca al poeta construir sus *tipos de belleza*, coordinando los atributos al idealizar los séres y las voluntades. Por fin, la idealización épica abarca, tanto los acontecimientos y fenómenos materiales como los morales. En efecto, la erupción del volcán, la tempestad, el incendio devorador, la guerra, la lucha de las pasiones, la transformación de las ideas, la conducta, etc., y los fenómenos análogos, como la caída de los cuerpos, la refracción de la luz, la salida del sol, el eclipse, la evolución histórica ó individual, la construcción de las imágnes, la unidad de los sentimientos, la moralidad de las acciones, etc., admiten idealización épica. Toca al poeta formar sus

cuadros estéticos coordinando los fenómenos al idealizar las existencias y las leyes.

Á medida que nos elevamos del orden material al orden moral, las existencias van perdiendo su generalidad objetiva y los seres aumentando su influencia subjetiva. De esta ley universal, descubierta por Augusto Comte, resulta que los cuadros que idealizan las existencias despiertan cada vez más las imágenes de los seres hasta que, llegando al orden moral los seres predominan y el tipo de belleza envuelve en sí todos los acontecimientos. En el orden moral, no se podría imaginar un cuadro épico bastante general para idealizar todos los seres, en tanto que la poesía ha simbolizado ya en la imagen de un tipo el conjunto de los acontecimientos sociales y morales. El *juicio final* de Miguel Ángel no tiene la generalidad moral de su *Pensador* y menos aún que su *Moisés* en que revive la Teocracia; y los tipos de Shakespeare resumen muchos cuadros del Dante. Esto explica cómo la idealización total del Universo debe ser personal, concentrándose en un tipo humano que sólo puede sintetizar el conjunto de las existencias. Tal es la clave de la *filiación poética* del sublime ideal de nuestra re-

ligión: la Virgen-Madre, que representa la estética, la síntesis y la sinergia como ideal, concepción y utopía. Ninguna imagen idealizará mejor el amor, el orden y el progreso universal. Siento no poder desarrollar en esta carta la importancia religiosa ni siquiera las condiciones estéticas de esa imagen establecida por Augusto Comte; pero debo recordarle que las dulces facciones de la divina Clotilde le permiten simbolizar el conjunto de la evolución religiosa del Gran-Ser, la Humanidad, por haber sido esa incomparable mujer la inspiradora providencial del Maestro, que resume en sí todos los progresos morales, teóricos y prácticos, pasados y futuros.

La idealización poética tiene, pues, diversos modos de coordinación y perfeccionamiento y, haciendo abstracción del idiotismo realista, en que ella no toma parte, veremos que siempre resulta de quitar á la realidad algunos de sus atributos y fenómenos, de agregarle otros nuevos ó de formar con ellos seres y existencias ficticios. Tales son los tres procederes de la idealización poética, que reflejan plenamente el valor moral del artista y el de la doctrina que lo guía. Bajo el predominio del absolutismo en que yacen hoy

de buena fe sólo las inteligencias incultas ó mediocres se trata *vanamente* de amar, conocer y ejecutar lo que es bello, verdadero y bueno en absoluto. Sin embargo, la poesía, la filosofía y la moral han demostrado á saciedad que lo bello estético abarca lo hermoso y lo feo como lo verdadero comprende lo real, y lo ficticio y lo bueno abraza lo agradable y lo penoso. Ese triunfo final del relativismo en poesía, filosofía y moral es la base del Culto, del Dogma y del Régimen de la Religión Universal, única capaz de reglamentar definitivamente la belleza, la verdad y la bondad.

La moralización de las contemplaciones sirve al poeta de guía al construir sus ideales y, por lo tanto, no tenemos nada nuevo que decir sobre éstos. Sin embargo, es necesario desvanecer la confusión á que se prestan las emociones que satisfacen el egoísmo y que hemos considerado como naturalmente malas. En efecto, hay actos que producen emociones bajas y que son indispensables á la conservación y al perfeccionamiento humano. Para encontrar la fuente de su moralización y de su idealización, basta compararlos con los actos análogos que nos impone el orden social y moral, como son la condena de un cri-

minal y la indignación que despierta en nosotros la maldad. De esta sencilla comparación se desprende que todas esas emociones egoístas que nos exige nuestra sumisión al orden material, social y moral son morales en cuanto se las considera penosas é inmorales cuando agradables. Se come por necesidad ó por gula, se condena por crueldad ó por justicia.

Veamos, por fin, en qué consiste la *expresión* poética. Ella está destinada á completar la idealización y la contemplación, generalizándolas en vista de la unidad colectiva. El poeta comunica sus emociones, expresando el ideal que las produce, bajo formas que por sí mismas son bellas. La combinación de los signos destinados á expresar la imagen obedece á leyes subjetivas que constituyen el estilo. La expresión debe ser clara y debe abarcar con precisión todos los aspectos de la imagen. Pero además, hay otra condición indispensable que forma el fondo mismo del estilo y que caracteriza al artista. Esta es la consistencia de la forma poética cuyos elementos se combinan en un verdadero organismo en que ninguno de ellos puede modificarse sin alterar el conjunto. En efecto, la expresión poética, sea ar-

quitectónica, escultural, etc., habrá alcanzado su más alto grado de perfección cuando no se puede alterar ninguna de las dimensiones, posiciones, formas, en una palabra, ninguno de los signos que la componen, sin que ello requiera un cambio total en todos los demás. Estos lazos estrechos entre los elementos de la forma poética están subordinados á leyes subjetivas descubiertas por Augusto Comte, y la belleza es de tal modo dependiente de preceptos que la guien que la Humanidad ha conseguido aumentarla instituyendo leyes artificiales á que debe someterse la expresión poética. Me basta citarle el verso, la estrofa, la rima, instituciones á que Augusto Comte ha dado su forma definitiva, teniendo en vista el conjunto del desarrollo humano y las leyes morales que nos rigen.

Cuando se hace consistir la estética, como sucede al presente, sólo en la belleza de los signos, no se toma en cuenta para nada la naturaleza de la imagen que representan y de los sentimientos que conmueven. Este falso criterio poético es tan mediocre como inmoral. Nosotros estamos muy lejos de desconocer la independencia estética de los signos, es decir que aceptamos que la expre-

sión es bella por sí misma, sea cual fuere el asunto de que trata, pero subordinamos los signos, intelectualmente á las imágenes y moralmente á los sentimientos. Eliminando como perniciosas todas las producciones egoístas de la poesía, nos encontramos aún rodeados de inmensa cantidad de bellísimas composiciones sin ningún valor moral porque no corresponden á imagen alguna ó por lo menos expresan una falsa. Esto nos obliga á condenar las primeras y á olvidar las segundas, y tal es, aplicado á la poesía, el resultado del juicio moral é intelectual que debemos hacer de todas las obras humanas.

La perversión afectiva la observamos sobre todo en las composiciones que se refieren al orden moral, en tanto que la carencia de concepciones se encuentra principalmente en las que se relacionan con el orden material. Esto nos lo explica fácilmente nuestra propia naturaleza y la evolución histórica. En efecto, todo lo que se liga con el hombre tiene un valor moral espontáneo, mientras que la influencia afectiva del orden material se debe por completo á las relaciones artificiales que ha establecido la Humanidad entre él y nosotros. Ese orden material tuvo,

bajo el fetichismo, una acción sentimental que desconocemos hoy, pues, educados por un ingrato, aunque necesario teologismo, estamos habituados á despreciar la materia imaginándola el juguete de los caprichos de los dioses. Sin embargo, la ciencia nos ha demostrado la inmutabilidad de las leyes naturales que rigen las actividades eternas ó indestructibles de esa materia que la industria transforma y que la poesía no ha podido menos de cantar. Muchos cuadros han nacido ya del cielo, del mar, de la atmósfera, de la tierra, de la vegetalidad y de la animalidad; pero, desgraciadamente, faltos de idealización, expresan bellamente lo contemplado y no conmueven el corazón. Sólo el positivismo puede suministrar fuentes inagotables á la *poesía natural*, permitiéndole construir sus ideales según su subordinación á la *poesía moral*. La poesía, como la filosofía, obedece á la ley universal de toda clasificación que subordina cada elemento de ella, objetivamente á los inferiores y subjetivamente á los superiores, proclamando, al mismo tiempo, la independencia de cada elemento. Esa ley, descubierta por Augusto Comte, nos impone la obligación de subordinar los ideales morales á las

condiciones materiales y ella ha sido espontáneamente respetada en todas las verdaderas obras de arte. No vacilaremos, pues, en calificar de falsa toda idealización que no obedezca á esta ley, á pesar de que podría justificarse aparentemente con los sofismas del espiritualismo teológico y metafísico que negó siempre esa subordinación, con lo cual desvió el desarrollo de la poesía tanto como el de la filosofía. Por el contrario, el materialismo, desconociendo la independencia de los diversos elementos poéticos, paralizó por completo la evolución artística, concluyendo con todos los ideales y produjo ese sinnúmero de pretendidos cantores realistas de la naturaleza y como fruto selecto, la monstruosa creación de la poesia didáctica. Estas perversiones se han extendido á todas las artes, aún á la arquitectura, que ha creído ofrecer famosas construcciones, presentando sólo esqueletos como la torre de Eiffel ó el palacio de las máquinas, que á lo sumo alcanzan á sorprender á los ignorantes, pero sin conmoverlos. La poesía yace, pues, hoy en estado cadavérico, cuando no putrefacto. Demos gracias á la Humanidad y á su más gran benefactor, Augusto Comte, de poseer la nueva

fuerza vivificante que debe producir maravillas de belleza poética. Esta doctrina que lo abarca todo en solidaria síntesis, hizo surgir la *subordinación subjetiva* de los elementos de la poesía, es decir, el lazo que el hombre establece entre los ideales que se refieren á cierto orden de fenómenos y aquellos que nacen de fenómenos superiores. Pero el positivismo no desconocerá nunca la subordinación objetiva y la independencia de cada ideal que sólo así puede ser real, preciso y emocional.

La idealización de un sér cualquiera debe, pues, envolver los ideales formados sobre sus relaciones con los seres inferiores y con los superiores. Esto equivale á idealizar las *condiciones* de su existencia objetiva y las de su existencia subjetiva, y reemplaza con mayor éxito la ficción teológica de las causas primeras y finales. En efecto, al idealizar, por ejemplo, el río, se cantarán las bases astronómicas, físicas y químicas de su existencia objetiva, y, en seguida, los eminentes servicios que presta á la vida y á la sociedad y que constituyen las condiciones de su existencia subjetiva, pues, gracias á esos servicios, el río cautiva nuestros sentimientos y re-

clama el concurso de nuestra inteligencia y actividad para guiar sus aguas. Esto mismo sucede con todos los seres que son dignos de existir en nuestras almas. El positivismo elimina de la poesía como de la filosofía y de la ciencia los seres, atributos, existencias y fenómenos que no tengan mérito para existir subjetivamente, es decir, que no influyan en nuestros sentimientos, pensamientos ó actos. A esta clase pertenecen el mundo sideral y el microbiano y todas las hipótesis absurdas que el materialismo ha introducido en física, química y biología como las teorías mecánicas de las actividades físicas, las teorías eléctricas, térmicas ó bariológicas de las actividades químicas y las pueriles teorías químicas de los fenómenos vitales. Los únicos resultados de tales divagaciones han sido inutilidades intelectuales y prácticas como la resolución de las nebulosas, la unidad de las fuerzas y de la materia, la transformación de las especies, etc. Por otra parte, esas aberraciones han retardado el progreso de la ciencia tanto como el de la industria, falseando los métodos teóricos y deteniendo los empíricos. Basta recordar la aberración microbiana qne no ha hecho avanzar en

nada la teoría del contagio ni las medidas sanitarias, y que aún, despreciando el valeroso y desinteresado emperismo de Genner ha impedido que surjan sus dignos sucesores.

En resumen, la lógica de la poesía positivista consiste, primero, en contemplar el mundo juzgándolo moralmente y uniéndonos á él con los sentimientos altruístas; segundo, en idealizar la realidad agregándole ó quitándole atributos, pero respetando su independencia y sus lazos para podernos ligar á ella cada vez más afectuosamente; y tercero, en expresar los ideales combinando los signos del modo más claro, preciso y consistente, según las leyes subjetivas que rigen los estilos.

En cuanto á las teorías propias á la poesía positivista, bastaría con decir que la Religión Universal es tan poética como filosófica y práctica, siendo igualmente apta á gobernar el corazón, el espíritu y el carácter de los hombres. Esa doctrina, que ha reglamentado definitivamente la industria, la política y la educación, que ha completado la ciencia y construído la filosofía, ofrece un campo grandioso al desarrollo de la poesía, satisfaciendo todas sus aspiraciones y

guiándola por camino seguro hacia la más perfecta belleza. En el positivismo, la Humanidad idealiza los seres de la naturaleza y la acción que ejerce sobre ellos, é idealiza las existencias y al mismo tiempo las leyes que ha instituído para concebir los fenómenos. El orden abstracto, ó relativo á las existencias y sus leyes recibe así una investidura poética completamente desconocida, y puede, como el orden concreto, producir en el hombre las más nobles emociones. Por otra parte, la idealización de lo concreto y de lo abstracto embellece y deleita la vida práctica y la vida teórica á que estamos sometidos. Aun las leyes matemáticas, juzgadas hoy tan secas y antipoéticas son susceptibles, de conmover el corazón. Pero los que hacen consistir la poesía en la arbitrariedad más desenfrenada que no respeta ni siquiera las leyes morales, es muy natural que se aterroricen ante la majestuosa regularidad de la matemática. Ellos sumergen la poesía en la más frívola vaguedad moral é intelectual y llegan á ser completamente inhábiles hasta para apreciar y gustar las verdaderas obras de arte. Este triste estado del criterio metafísico, acepta, admira y aun practica sólo el

desorden y rehuye todo sistema en filosofía ó poesía tanto como en política ó en moral. Tal ha sido el resultado de las arbitrarias reglamentaciones teológicas que, debiendo ser naturalmente pasajeras, arrojaron su desprestigio sobre las instituciones humanas más fundamentales. Pero esas mismas reglamentaciones fueron necesarias, pues la Humanidad, poco desarrollada aún, no pudo descubrir en sí misma la fuente del orden universal, y tuvo que recurrir á tutores y á lazos ficticios para relacionar y ordenar los diversos elementos de la poesía, de la filosofía y de la ciencia; de la educación, de la política y de la industria. Hoy esas ficciones no tienen ningun valor práctico; los gobernantes no son instituídos por los dioses, el matrimonio no es un sacramento divino, el trabajo no es un castigo, etc. El desprecio por las ficciones teológicas lleva á los metafísicos á disolver aun esas instituciones humanas que son completamente independientes de ellos. Creáse lo que se crea, no hay sociedad sin familia, sin matrimonio, sin gobierno, sin trabajo, etc. El positivismo descubrió esa independencia, y el alma incomparable de Augusto Comte reveló á nuestro corazón, á

nuestra inteligencia y á nuestro carácter la única fuente de la reglamentación universal, haciéndonos sentir, comprender y servir a la Humanidad. Por otra parte, el positivismo, dando á todos los seres la actividad y el sentimieuto y preocupándose principalmente de idealizar sus existencias subjetivas les procora una aptitud poética hasta aquí ignorada, pues los presenta embellecidos en su naturaleza y, por su destinación relativa, los hace converger al servicio de la Humanidad. Este Gran Ser es el centro poético, teórico y práctico de la Religión Universal que puede así dirigir con perfecta unidad los sentimientos, los pensamientos y los actos. Todos los ideales que no son contradictorios ó inmorales han resultado siempre del punto de vista humano en que se colocan espontáneamente los poetas. De hoy en adelante, la poesía es un ministerio sagrado por el cual la Humanidad conmueve el corazón de sus hijos para inspirarles los nobles afectos que deben siempre dominar el alma. De hoy en adelante, todos los aspectos de la vida humana se santifican é idealizan, destinándose al amor, conocimiento y servicio del Gran Ser, la Humanidad.

No puedo desarrollar en esta carta, ya demasiado larga, las construcciones doctrinarias por las cuales el positivismo reglamenta la poesía, ordenando la vida afectiva, teórica y práctica según su relación constante con la Humanidad pero debo recorrer, aunque sea á la ligera, las cinco artes fundamentales en que se divide la poesía, y que son: la arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la literatura.

La *arquitectura* abarca todas las construcciones materiales de utilidad cualquiera, desde el suntuoso palacio hasta la humilde choza, desde el complicado reloj hasta la sencilla pluma con que le escribo. Todas esas construcciones tienen un gran valor moral desconocido hasta aquí; ellas actúan sobre nuestros corazones contrariando el egoísmo, puesto que reglamentan la conducta y favorecen la formación de los hábitos. Mientras más avanza el desenvolvimiento humano, se van determinando más y más las formas y los movimientos á que debemos artificialmente someternos. Esto demuestra cuán contrarios al progreso de nuestra especie son los ideales teológicos que ligan á la suprema perfección la libertad absoluta; por lo cual no es extraño que los principios revo-

lucionarios estén implícitamente comprendidos en los equívocos libros sagrados de las religiones reveladas. Pero, volviendo á la arquitectura, vemos que sus grandes manifestaciones idealizan las épocas, las naciones, los acontecimientos y los hombres. Ellas nos hacen sentir la teocracia en un obelisco y la edad media en un templo gótico. En verdad, es inmenso el poder emocional de los objetos materiales que se ligan directamente á los hombres cuya conducta les da vida moral. El puñal del asesino nos aterroriza tal vez tanto como su persona, y sentimos profunda emoción al contemplar la espada del héroe ó la reliquia del santo. La arquitectura, que por su base material reglamenta nuestro egoismo, excita también los sentimientos generosos y por fin los satisface expresando sus construcciones bajo formas bellas en cuya contemplación nos extasiamos. Á las condiciones de utilidad, con que deben cumplir las construcciones materiales de la Humanidad, suceden las condiciones de belleza destinadas á producir en el corazón las más nobles emociones. La arquitectura idealiza los materiales que nos ofrece la naturaleza y que la ndustria utiliza. Ella da vida moral á las pie-

dras, tierras, metales y maderas con que forma sus principales obras, y á las aguas y á las plantas que dispone en corrientes armoniosas ó mágicos jardines. Las producciones arquitectónicas reflejan también los estados sociales y morales, pues producen en nosotros emociones que corresponden á las situaciones que las inspiraron. La arquitectura idealiza la realidad, sea embelleciéndola directamente, sea simbolizándola en las construcciones humanas que se ligan á ella. Así, el arte del porvenir podrá idealizar simultáneamente los seres y los acontecimientos del orden material y del orden moral. Pero los efectos emocionales de la arquitectura se centuplicarán cuando, educados por el positivismo, nos habituemos á amar directamente los elementos de la tierra y experimentemos, respecto á la materia, sentimientos análogos á los de nuestros primeros padres, pero más intensos por cuanto ellos la adoraron antes de conocerla y para nosotros el afecto se fortifica con el aprecio.

La *escultura* es un arte esencialmente dramático que, aunque no embellece directamente los seres, los idealiza simbolizándolos. Ella es superior á la arquitectura por la unidad que puede

dar á sus ideales concentrándolos todos en la naturaleza humana. Las fuentes, los ríos, las montañas, los mares, las naciones, las ciencias, las industrias, las artes y aún los acontecimientos, la tempestad, la revolución, el hambre, el terror, todo se personifica idealizándose. Pero la escultura puede también idealizar los sucesos, revistiendo un carácter épico. El Lacoonte es, sin duda alguna, una epopeya que idealiza un hecho trágico y la Venus de Milo debió de pertenecer á un grupo épico. Los modernos han cultivado muy poco este género de composiciones si eliminamos los cuadros desordenados y las trilladas repeticiones de los acontecimientos que uno se imagina fácilmente aún con mayor realidad y belleza. Sin embargo, para citarle un ejemplo que me es doblemente querido, le recordaré la epopeya moral que simboliza la vida humana y liga por el amor el pasado al porvenir idealizados en la madre y sus hijos. Á los que critican, pues, al positivismo de esterilidad artística podremos decirles que todas las banales, cuando no inmorales, composiciones del arte contemporáneo no valen una sola de las infinitas que el criterio positivo es capaz de producir.

La *pintura* reune las cualidades de la arquitectura y de la escultura, y esto basta para demostrar su superioridad y la magnitud de sus horizontes. De esta generalidad de la pintura dependen los graves defectos en que incurren los artistas que desfiguran el plan fundamental del cuadro con un sinnúmero de inútiles divagaciones. En muchas obras, un pedazo de la tela nos ofrece una idealización suficiente, pero todo el resto es completamente divergente. El pintor debe, pues, efectuar operación análoga al laconismo literario para dar á su obra, á lo menos la sublime unidad que tienen las verdaderas obras de arte.

Los tres artes de la forma obedecen á las leyes de toda poesía, que exigen la moralidad en la contemplación, la realidad en la idealización, y la claridad, precisión y consistencia en la expresión.

La *música*, de mucho menos valor objetivo que la poesía de la forma, tiene, sin embargo, una importancia subjetiva tan superior que debe colocarse en rango más elevado en la clasificación de las bellas artes. En efecto, la música agi- a directamente nuestros sentimientos y, por lo

tanto, despierta en el alma cuadros maravillosos en que figuran todas las imágenes que se unifican por el afecto exaltado. La unidad de las obras musicales debe ser, pues, eminentemente subjetiva como se observa en las producciones de Mozart y de Beethoven. La ópera perturba esta unidad, pero, sin embargo, los grandes compositores han sabido mantenerla. La música combina los sonidos para producir emociones que pueden ser morales ó inmorales. En verdad, los dos modos musicales, la melodía y armonía, están respectivamente destinados á excitar y á satisfacer los sentimientos, lo cual se caracteriza aun fisiológicamente por las reacciones cerebrales que agitan ó calman el sistema nervioso. Estos resultados se hacen sentir tanto en el oyente como en el ejecutante y tambien en el compositor. La exquisita finura con que se gradúan los tiempos y el valor de las notas de la melodía, produce emociones y exige disposiciones casi opuestas á las que requiere la majestuosa serenidad de las armonías. Ya se comprende que hay melodías egoístas que no excítan en manera alguna nuestras simpatías, pero sí los sentimientos bajos, y las armonías del mismo género

son capaces de satisfacer todos nuestos egoismos. La música, como cualquier otro arte, puede ser moral ó inmoral. Por fin, la expresión musical, que debe ser clara, precisa y consistente, ha tomado en medio de la anarquía actual, caracteres completamente opuestos, haciéndose nebulosa, vaga y arbitraria, en conformidad con el predominio moderno de la hipocresía afectiva, de la duda teórica y de la irresolución práctica. Cuando imaginamos la música del porvenir en que las suaves melodías se suceden excitando gradualmente los sentimientos altruístas, que se satisfacen en las sublimes armonías, no podemos menos de sentir que los artistas actuales no se inspiren en la única doctrina que puede producir la suma belleza musical.

Por último, el arte de la palabra resume las cualidades de los de la forma y el sonido, habiendo en muchos casos anticipado las construcciones poéticas que se expresaron en arquitectura, escultura, pintura y música. Todo lo que hemos dicho sobre la poesía se aplica, pues, especialmente á la literatura que, al mismo tiempo que reune las ventajas de las demás artes, está sometida con más intensidad á todos sus peligros, que la su-

mergen muchas veces en contemplaciones inmorales, idealizaciones falsas y expresiones oscuras dudosas y divagantes. Los horizontes de la poesía son tan vastos como el universo humano y el acuerdo perfecto que establece el positivismo entre ella y la filosofía, le permitirá, en el porvenir, ligar el Dogma al Culto como la ciencia lo liga al Régimen. Los poetas del porvenir reunirán en su función artística todos los ramos de la poesía. Esta prescripción de Augusto Comte es la extensión sistemática de lo que ya se verificó espontáneamente en la historia respecto á los tres artes de la forma. Por otra parte, la naturaleza espiritual de la función poética obliga á los artistas á confundirse con el sacerdocio positivo, imponiéndoles ésto toda la preparación intelectual y todas las condiciones morales que le son propias. La *educación estética*, que V. sabe debe seguir á la *educación afectiva* que inicia la vida, sirve además de base á la *educación teórica* cuya destinación es la de ligar el culto privado al culto público. Los niños que, por los afectos de su primera infancia, se han hecho capaces de sentir las emociones de la poesía, adquieren fácilmente el tecnicismo de las artes y se ejercitan en

composiciones que idealizan todos los aspectos de la vida doméstica. Cuando, ya adolescentes, están bastante preparados para experimentar las emociones de la vida pública, deben adquirir en siete años toda la educación teórica que les da la concepción total del espacio, de la tierra y de la Humanidad en las siete ramas de la enciclopedia abstracta; matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y moral. Por fin, la triple educación afectiva, estética y teórica, sirve de guía á la preparación práctica á que se dedica el joven; pero siempre la idealización poética será la aureola que lo acompañe, embelleciendo y fortaleciendo con el entusiasmo su meditación y su actividad. Desde el humilde peón que limpia los desagües de saneamiento hasta el político que gobierna el orden público, todos tendrán conciencia de las funciones que desempeñan, igualmente necesarias al bienestar social y dignas de la idealización poética, pero exigiendo diversas condiciones personales que el sacerdocio consagrará. Así, el positivismo cantará todo lo que tenga importancia humana, sea por las emociones que produce, por las concepciones que sugiere ó por las acciones que inspira. El mal

lo pintará también la poesía, pero con la inflexible consecuencia que caracteriza la conducta humana, y no como los poetas del día que, creyendo analizar el corazón, mezclan absurdamente la santidad con el crimen, la virtud con el vicio, para lo cual colocan á los individuos en situaciones que son imposibles para el bueno y que, al parecer, justifican al malo. Estoy seguro que muchos de los *ingenios* poéticos actuales serían muy capaces de pintarnos un personaje, ideal de nobleza y dignidad, viéndose naturalmente conducido a ser el Yago de un drama. Estos famosos problemas morales que ellos resuelven equivalen á la maravillosa facilidad con que los cientistas nos explican los fenómenos de la luz, del calor, de la electricidad, de la vida, etc., pero partiendo de hipótesis inconcebibles. Ahora comprenderá V. el triste efecto que nos hacen las producciones actuales de la putrefacción artística y las superficiales críticas de los filosofillos que las admiran y que pretenden tachar de antipoético al positivismo.

Para poder apreciar todo el alcance estético del positivismo es necesario, evidentemente, estudiarlo en sus obras capitales: la *Política Posi-*

tiva y la *Síntesis Subjetiva.* Todo juicio aislado, como el que hemos hecho de la poesía, tiene que ser insuficiente por la naturaleza sintética de la religión, que siempre exige la fe en el conjunto como punto de partida de la demostración de los detalles.

De la concepción de la verdadera poesía se desprende la actitud de los poetas actuales que deseen servir realmente á la Humanidad. Ellos tratarán de aproximarse por su conducta y sus obras al poeta ideal cuya imagen deben construir ante todo. Así podrán componer poemas parciales con la más perfecta sumisión á la doctrina altruísta. Ella les servirá de fuente inagotable, ella avivará sin cesar la llama del genio, ella los elevará en alas del pasado y del porvenir libertándolos de los abismos del presente y paseándolos de cumbre en cumbre. Cada una de las ochenta y una ceremonias del culto abstracto de la Humanidad ofrece en las imágenes que concurren á ella numerosos objetos de idealización poética. La poesía positiva respecto de la Tierra, considerada por nuestra religión como el Gran Fetiche de la Humanidad, será igualmente fecunda en composiciones admirables. Por fin, el espacio subjetivo,

que el positivismo erige en Gran Medio de la Humanidad y en el cual coloca las leyes universales que forman el destino, presenta un campo inmenso al estro poético.

Así, los tres elementos de la Trinidad positiva, el Gran Medio, el Gran Fetiche y el Gran Ser, constituyen el dominio normal de la poesía, del mismo modo que resumen los dogmas lógicos, físicos y morales de la Religión Universal, y todo ello se unifica en la Virgen Madre, ideal supremo del culto, síntesis total del dogma y sublime utopía de régimen.

Amor, fe y esperanza le desea su amigo en la Humanidad.

LUIS LAGARRIGUE,
(CALLE DE LA MONEDA, NÚM. 9)
Nacido en Santiago, el 16 de mayo de 1864

Santiago, 24 de César de 102 (16 de mayo de 1890).